

## UNA HIPÓTESIS SOBRE EL ORIGEN DEL CAPITALISMO

*Jan Bazant*

El capitalismo medieval característico lo conocemos por la descripción de Pirenne, contenida en su *Historia económica y social de la Edad Media*. Esta primera manifestación del capitalismo se puede definir como organización del trabajo a domicilio, y llega a su perfección en la industria textil, sobre todo de la lana.

La industria textil medieval se caracteriza por la división del trabajo. Las primeras y las últimas operaciones, o sea la preparación de la lana para el hilado y luego los últimos toques del acabado se hacen en el domicilio del empresario, convertido así en un taller. A veces todo el acabado —abatanado y teñido— lo hacía el empresario en batán y tintorería propios (aun cuando no estuvieran instalados en su domicilio por su forzosa localización junto a un río). Otras veces, batanes y tintorerías eran empresas distintas, propiedad de artesanos de categoría, que acababan el paño por determinada cantidad de dinero. Pero siempre se daban a domicilio otras fases, el hilado y el tejido, el primero a mujeres campesinas de los alrededores de la ciudad y el segundo a tejedores. Unas y otros eran asalariados en relación con el empresario, pero también patrones en pequeña escala, pues empleaban aprendices y jornaleros.

Esta forma de producción era común en la industria textil de exportación —lana, seda y algodón— en toda la Europa occidental, comenzando en el siglo XII. Su descubridor, Pirenne, la llama capitalista, término que hoy se acepta generalmente.

¿Cuándo se originó esta forma de producción? ¿Cuándo y en dónde se originó el capitalismo?

Sobre este tema, de evidente importancia para la historia y la teoría económica, se ha escrito mucho, contamos, en especial, con la obra de Henri Sée, *Origen y evolución del capitalismo moderno*.<sup>1</sup>

En general, sobre esta obra se puede decir que Sée atribuye demasiada importancia al capitalismo industrial florentino. En los siglos XII y XIII, Florencia y algunas otras ciudades italianas como Lucca y Génova no hacían otra cosa que el acabado de los paños franceses y flamencos. Después de haberles dado un toque artístico, Florencia los exportaba al Oriente. Apenas en la segunda mitad del siglo XIII, cuando la industria flamenca entró en un período crítico, Florencia inicia el desarrollo

<sup>1</sup> Se publicó originalmente en francés en 1926; y nueva edición en 1937. Versión española en 1937 (México, Fondo de Cultura Económica); varias reimpressiones posteriores.

de una industria de tejidos propia, que alcanza su plenitud en el siglo xiv. Para entonces, sin embargo, el capitalismo medieval clásico ya estaba en decadencia.

En términos generales, Italia, esto es, el norte de Italia porque el sur no desempeñó un papel importante en la economía medieval, se distinguió en los siglos xii y xiii por su industria de la seda y el algodón, con sus centros la primera en Lucca y la segunda en Milán. Pero la riqueza medieval italiana se debió principalmente a su función de intermediaria entre Oriente y Occidente.

La obra de Sée es innovada por la *Historia económica y social de la Edad Media*, de Henri Pirenne.<sup>2</sup>

Ahora, la bella monografía de Pirenne, que hace veinte años representó un gran progreso en nuestros conocimientos, ha sido dejada atrás por investigaciones recientes incorporadas en el segundo volumen de *The Cambridge Economic History of Europe, Trade and Industry in the Middle Ages*, publicado en 1952.

Según la opinión reciente, la famosa tesis de Pirenne de que las conquistas árabes provocaron una paralización completa de la vida económica en la Europa occidental y un consecuente retorno a la economía agraria cerrada, y que esta situación no cambió hasta alrededor del año 1000, antes de la primera cruzada, que simboliza precisamente el despertar del Occidente, no corresponde a la realidad. Los diferentes autores de *The Cambridge Economic History* que se ocupan de la época en cuestión, en especial Roberto López y Michael Postan, consideran que en el período carolingio no tuvo lugar tal decadencia económica. Por lo demás, ya Dopsch había demostrado con multitud de datos en su *Evolución económica de la época carolingia* (en alemán, *Die Wirtschaftsentwicklung der Karolingerzeit*) la continuidad del desarrollo económico entre la Antigüedad y la Edad Media.

Me ocuparé de la tesis de Pirenne más adelante, cuando trate del origen del capitalismo en el Occidente. El propio Pirenne tal vez percibió la debilidad de su idea predilecta, pues en su obra admite que no todo decayó en el Occidente como consecuencia de las conquistas árabes, sino que sobrevivió un comercio internacional, marítimo y fluvial, en la región del Canal de la Mancha y del Rin; y añade que estos "restos" de la economía "anterior" fueron arrastrados por las invasiones normandas en el siglo ix. Por lo tanto, ya que, según Pirenne, los primeros síntomas de un renacer en el Occidente se pueden advertir a fines del siglo x, la vida económica habría estado paralizada entonces, sólo algo más de cien años, y no trescientos (considerando que las conquistas árabes hicieron sentir su impacto en el Occidente alrededor del

<sup>2</sup> Publicada originalmente en francés en 1933. La versión en español es de 1939 (México, Fondo de Cultura Económica), con varias sucesivas ediciones.

año 700). Esto ya es una concesión importante. Más aún, antes de concebir su conocida tesis, que después quiso aplicar rígidamente, Pirenne señaló en un ensayo de su juventud ("Draps de Frise ou draps de Flandres?", 1909) y apoyándose en datos concretos, que la industria textil del norte de Francia y de Bélgica, famosa a partir del siglo XII, existió ya en los siglos XI, X y IX, cuando tuvo lugar un comercio internacional con paños llamados frisios, o sea precisamente en la época en la que él quiere colocar la ruptura total de la continuidad y la ausencia completa de economía mercantil e industrial.

Volvamos a nuestro tema. Ya que los autores de *The Cambridge Economic History* no se ocupan del problema del origen del capitalismo, mi punto de partida debe ser Pirenne quien, si bien no discute el origen del capitalismo propiamente dicho, tiene ideas bien definidas sobre el origen de la burguesía. Y puesto que la burguesía es la portadora física del capitalismo, sus conceptos se pueden aplicar fácilmente a nuestro tema.

Pues bien, en su opinión, mercaderes ambulantes —núcleo de la futura burguesía— fueron al principio vagabundos que vivían al margen de la sociedad y que, por tanto, tenían que buscar sustento en algo distinto de la agricultura y otras actividades típicas del mundo feudal. Luego, al renacer el Occidente alrededor del año 1000, esos mercaderes se concentran en ciudades, o más bien las forman, y allí organizan el comercio y la industria. En consecuencia, en opinión de Pirenne el capitalismo fue creado *ex nihilo*.

He dicho arriba que la tesis de Pirenne sobre una ruptura total de la continuidad y un retorno a la economía natural en la época carolingia es hoy insostenible. Por tanto, tampoco es correcto su concepto sobre el origen de la burguesía o el capitalismo.

Creo que el origen del capitalismo medieval hay que buscarlo en la misma región a la que Pirenne dedica, con sobra de razones, tanta atención, o sea el norte de Francia —Artois, Flandes, Picardía y Champaña—, pero unos mil años antes. Si queremos llegar al fondo del problema y hallar las raíces del fenómeno del capitalismo, tenemos que remontarnos al período que siguió a la conquista romana del norte de la Galia.

Pues bien, el estacionamiento a lo largo del Rin de un ejército romano permanente y poco acostumbrado a los rigores del invierno nórdico creó una demanda considerable de telas de lana (el tamaño de esa demanda se puede juzgar por la existencia, muy posterior, de cuatro fábricas textiles imperiales en dicha región); naturalmente, el paño se podía traer desde el Mediterráneo, y sin duda al principio se hizo así; pero el costo de transporte por tierra era en aquel entonces

tan alto que resultaba más económico mandarlo hacer en esa misma región. Por casualidad, cerca de allí vivían ciertas tribus celtas que ya antes de la conquista criaban ovejas y trabajaban la lana. Eran los Ambiani, Atrebatii, Remi y otros. Todas estas tribus empezaron entonces a fabricar para el mercado, bajo el estímulo de una abundante oferta de monedas de plata provenientes de la población conquistadora. Además, empezaron casi desde el principio —desde el primer siglo del Imperio— a exportar la lana y sus productos a Italia, compitiendo con éxito, a pesar de su elevado costo de transporte, con las telas o paños mediterráneos, a tal grado que en el siglo iv una capa de Atrebatum era indispensable a un romano elegante. En el siglo v, con la desintegración del Imperio y el cambio de la moda, o sea la sustitución de la lana por la seda, la industria decae en apariencia. Pero cuando vuelven a tenerse noticias precisas sobre ella, unos cinco siglos después, la región de Arras (Atrebatum), Amiens (Ambiani) y Rheims (Remi) se encuentra de nuevo en primer lugar.

Lo importante es la organización de esa industria. Historiadores de la economía clásicos, como Toutain, autor de *The Economic History of the Ancient World*, y Rostovstzeff, autor de la conocida *Historia económica y social del Imperio Romano*, aseguran que la producción no se desarrolló en ciudades sino en villas romanas: el norte de la Galia era un país *non de villes, mais de villas*. Las villas se pueden comparar aproximadamente con haciendas mexicanas de los siglos xvii y xviii; la producción era de tipo fabril y el trabajo era servil o a lo sumo, semi-libre. Aunque Rostovstzeff llama al norte de la Galia “un paraíso para el capitalista”, difícilmente se podría ver en ese sistema un germen del capitalismo medieval, aun cuando, por otra parte, tampoco se asemeja a la esclavitud característica de la parte mediterránea del Imperio.

Sin embargo, la investigación reciente, representada por el ensayo “Trade and industry under the later Roman Empire in the West”, de Frank William Walbank, y “The woollen industry”, de Eleanor Carus-Wilson —ambos estudios publicados en el segundo volumen de *The Cambridge economic history of Europe*—, se inclina a la opinión de que la villa autosuficiente e incluso productora de artículos industriales para el mercado era una excepción. La villa era más bien una consumidora de artículos industriales fabricados en la ciudad (análogamente, Dopsch demostró que los monjes de la época carolingia, es decir, precisamente la época caracterizada según Pirenne por una autosuficiencia completa, muy lejos de confeccionar sus hábitos, los adquirían en el mercado).

Parece que las lanas del norte de la Galia tampoco eran fabricadas por esclavos, excepto probablemente en los cuatro ginecios (talleres) estatales de la última fase del imperio (siglo iv), que ya mencioné.

De los ensayos citados creo poder deducir que el paño lo hacían hombres libres del campo y la ciudad. Por falta de información escrita se ignora la organización precisa de esa industria, pero se puede advertir una anticipación del trabajo a domicilio: de los monumentos sepulcrales que datan de esa época y que abundan en el norte de la Galia se deduce que tenían mucha importancia los comerciantes-exportadores de paño, luego abatanadores y tintoreros. No parece haber monumentos de tejedores, pues su trabajo era aún doméstico, como en la Edad Media lo era todavía el hilado. Hilaban y tejían probablemente mujeres campesinas mientras el abatanado y el teñido era ya una profesión. A esas dos profesiones se agrega después —alrededor del año 1000— el tejido. Y es que en el curso de la historia, el trabajo doméstico de la mujer se va convirtiendo en trabajo profesional del hombre. Dejando, pues, a un lado esta diferencia de índole técnica, los grupos activos en la industria textil gala de la Antigüedad en mi opinión recuerdan mucho a los comerciantes, tintoreros, abatanadores y tejedores medievales. En vez de concentrarse en grandes talleres con mano de obra esclava, la producción era fragmentada; pero ante la necesidad de fabricar considerables cantidades de paño en talleres pequeños e incluso en innumerables domicilios, considero lógico imaginar a un organizador de todo el proceso de producción, que bien pudo ser el comerciante. He aquí el capitalismo medieval en germen.

No es nada extraño que los escritores romanos, de por sí poco interesados en asuntos económicos, no se hayan fijado en esa nueva forma de producción, tan distinta de lo que acostumbraban ver: para ellos, el norte de la Galia era una región periférica, como lo es para nosotros, por ejemplo, el interior del África. Además, en la época en que predominaba la esclavitud nadie podía sospechar que el futuro pertenecía al trabajo libre. Y es que la evolución de la humanidad es continua e ininterrumpida: en el momento en que culmina una forma social aparecen los gérmenes de otra.

Aparte de esa raíz local, sin duda la más importante, veo en el establecimiento de la producción capitalista en Francia y Bélgica, en el siglo XII, una influencia exterior proveniente de Bizancio a través de su industria de la seda.

El imperio bizantino fue en cierto sentido una continuación del imperio romano; en otro, representó un adelanto en relación con aquél, y todavía en un tercer aspecto absorbió algo o mucho de oriental. De todos modos, fue algo distinto, nuevo. La economía bizantina, o por lo menos la vida del grupo dominante en la capital, giraba en torno del oro y la seda, artículos de lujo codiciados por los pueblos occidentales.

Para comprender la fabricación bizantina de sedas tenemos que remontarnos al siglo VI. Al concentrar la industria de la seda en manos

del gobierno, el emperador Justiniano había acabado con todos los particulares que antes se dedicaban a esa actividad. El precio de la seda cruda, que por fuerza se tenía que importar del Medio y el Lejano Oriente, era sumamente elevado; el estado monopolizaba su importación, así como todo el proceso de transformación de la materia prima y la disposición del producto. Pero precisamente en el reinado de Justiniano tuvo lugar un acontecimiento que habría de cambiar el panorama y provocar a la postre una revolución industrial. Me refiero a la introducción del gusano de seda en 553 o 554. Medio siglo después, bajo el reinado de Heraclio (610-641), ya hay noticias de una industria privada que va desarrollándose hasta alcanzar su plenitud en el siglo ix. De esta época data una información bastante detallada sobre su organización, que recogí en el artículo de Roberto López, "Silk industry in the Byzantine Empire", publicado en la revista *Speculum* en 1945.

De acuerdo con esto, la industria privada (al lado de ella subsistieron talleres y fábricas estatales que fabricaban telas de lujo para consumo del emperador) era controlada por dos grupos, los comerciantes de seda cruda y los empresarios textiles propiamente dichos. Aquéllos la mandaban hilar, y los hilanderos eran en este caso trabajadores a domicilio. Los empresarios mandaban tejer el hilado y ordenaban el acabado, esto es, principalmente, el teñido de la tela. De los datos de López creo poder deducir que tejedores y tintoreros eran también trabajadores a domicilio.

Es patente que tenemos aquí dos grupos precursores del pañero flamenco. Según López, en Bizancio el proceso de fabricación nunca llegó a ser reunido en su totalidad en manos de un solo grupo. Esto se debe quizá a la prohibición gubernamental de comprar seda cruda que pesaba sobre los empresarios textiles. Es evidente que el estado impedía su conversión en capitalistas. Pero el mero hecho de que fuera necesario dictar dicha prohibición demuestra por lo menos que algunos empresarios lo intentaron.

Los datos de López se refieren solamente a la capital del imperio, por lo que no sería imposible que en algunas otras ciudades, más industriales y menos reglamentadas, se hubiera llegado a la integración completa del proceso de producción.

La evolución de la industria textil bizantina se podría explicar en la forma siguiente: la abundancia de la seda cruda ocurrida a raíz de la introducción del gusano debió producir un considerable descenso en su precio. Entonces, ante la gran diferencia entre el valor de la materia prima y el del producto, tuvo que parecer sumamente lucrativa la fabricación de telas de seda. Otro factor pudo ser la afluencia de oro lanzado a la circulación por Heraclio como consecuencia de la imposición de

préstamos forzosos a monasterios y de la conquista del tesoro persa por el emperador.

Esa transformación económica quizás trajo consigo también una revolución tecnológica. López no dice nada sobre el nivel técnico de esa industria. Pero sabemos por Usher que en aquellos siglos se inventó en el Oriente, en relación con el tejido de seda, un telar que se usó después en la industria francesa y flamenca y que representó un notable progreso con respecto al primitivo telar antiguo, griego y romano. Sin embargo, Usher no dice exactamente cuándo y en dónde se inventó el telar medieval. Una información precisa sería muy útil. De todos modos, no es difícil imaginar que el cambio económico fuese acompañado de un cambio tecnológico.

¿Por qué surgió en esta industria el trabajo a domicilio? Creo que en una sociedad, un país o una región que, por diversos motivos no acostumbra a emplear esclavos y que, al mismo tiempo, posee artesanos urbanos o rurales, esa forma de capitalismo surge con relativa facilidad. Un hombre con espíritu de empresa compra la materia prima y la entrega al artesano para su transformación, en nuestro caso para que la teja. La única inversión del empresario es el costo de la materia prima, pues no tiene que adquirir ni mantener equipo ni esclavos. Este arreglo también puede significar para el artesano-tejedor, una mejora en su condición, porque en vez de los clientes eventuales que antes le llevaban hilados para que los tejiera, tiene asegurado a partir de ahora el trabajo con cierta constancia. Es más cómodo trabajar para un solo cliente que para varios. Sin embargo, con el tiempo el cliente se convierte imperceptiblemente en patrón. Tejedores los hay en abundancia porque se trata de una industria doméstica practicada casi en todos los hogares, como lo es hoy día, por ejemplo, la costura. En suma, cuando el nivel técnico es aún bajo, resulta más barato el trabajo a domicilio.

Ahora bien, ¿cómo pudo influir el capitalismo bizantino en el Occidente?

En el siglo VII, Italia y Francia estaban llenas de comerciantes extranjeros, especialmente judíos, sirios y griegos, que importaban del Oriente, entre otras cosas, telas de seda. Las conquistas árabes y las consiguientes guerras trastornaron entonces el comercio internacional al grado que en el siglo VIII ya no había contacto directo —esto es, por mar— entre Francia y el Oriente, y los mencionados comerciantes sirios, griegos y judíos se encargaban de llevar a cabo dicho contacto por intermedio de ellos mismos. Aquí exageró Pirenne al considerar la cesación de ese contacto directo como cesación absoluta de todo contacto, pues lo que ocurrió es que el comercio cambió de ruta y las telas de lujo se transportaban por el Adriático, Venecia, el norte de Italia

y el Paso de San Bernardo, en vez de por Marsella y los otros puertos del sur de Francia como se hacía anteriormente.

Faltan datos sobre el volumen del comercio internacional pero es probable que tanto dichos trastornos como el cambio de rutas hayan llevado consigo un aumento en el precio de las sedas importadas a Francia y consumidas principalmente en la corte de los reyes francos y por la Iglesia. Si es así, es lógico pensar que en vista de esa situación se intentara fabricar telas de seda más cerca de los lugares de consumo. El hecho es que, según Usher, ya se tejía seda en el siglo VIII en Roma y en Lucca, que siglos después se haría famosa por la misma actividad. Según Koetzsckhe y, sobre todo, según Dopsch —quien, empero, no toca el tema de la índole de la economía—, hay noticias de una industria de la seda en Lyon o sus alrededores en la primera mitad del siglo IX (838). De acuerdo con un privilegio real aproximadamente de la misma época, a los judíos lyoneses se les concedió el derecho de contratar jornaleros, trabajadores asalariados. ¿No habrá relación entre ambas cosas? No me parece imposible que comerciantes extranjeros que gozaron entonces de privilegios especiales y que, por tanto, pudieron desplegar mayor iniciativa que los comerciantes nativos, hayan implantado en el Occidente tanto la industria de la seda como el trabajo a domicilio, que pudieron conocer en Bizancio. En Francia había para ello elementos humanos: hombres libres, tanto en la ciudad como en el campo, y sobre todo, de creer a Dopsch, artesanos libres que abastecían el mercado local. En una palabra, las condiciones para que apareciera el capitalismo en su forma de trabajo a domicilio estaban presentes, en espera de un favorable impulso.

Los trastornos en el comercio internacional que resultaron de las conquistas árabes creo que pueden haber contribuido también al renacimiento de la fabricación de paños para el mercado en el norte de Francia y en Bélgica. En efecto, si las sedas se encarecen, habría llegado el momento —sobre todo si se considera la escasez de oro en el Occidente— en que empiece a darse preferencia a lanas. Y la mayor demanda de paños, aumentando, naturalmente, su precio, conduce a la larga a la industrialización.

De este modo, lejos de paralizar la vida económica, como creyó Pirenne, los trastornos internacionales condujeron a un progreso, privando al Occidente tan sólo de objetos de lujo como sedas, especias, papiro, vinos, dulces, etc. Es precisamente este aspecto el que parece haber confundido a Pirenne.

Aparte del trastorno en las rutas comerciales, veo otro factor, quizás más importante que el anterior, en la creación de la industria de la lana. Me refiero a la expansión de mercados en la parte nórdica de Europa,



acontecida en parte por las conquistas territoriales de Carlomagno, sus antepasados y sus descendientes —en suma, por la incorporación de Alemania a la civilización— y en parte por la navegación vikinga que puso en contacto a Escandinavia, al Báltico y a una parte de Rusia con el Occidente. Nos consta que el paño llamado entonces friso se vendía entonces en todas esas regiones. Me imagino que los jefes de tribus nórdicas, vestidos hasta entonces de pieles, preferirían la lana a la seda no sólo por razón del clima sino también por el precio, de modo análogo a como el jefe de una tribu africana aspira a poseer un *Ford*, y no un *Buick*, y mucho menos un *Cadillac*. Tal expansión de mercados conduciría igualmente al aumento en el precio de los paños, estimulando así su fabricación.

Veo un tercer factor en el aflujo de plata lanzada a la circulación como producto del botín que conquistó Carlomagno en las distintas guerras que emprendió casi siempre con éxito, y de la incipiente minería sajona. Desde ese momento, la economía occidental se basó en la plata y en la lana, como había ocurrido antes, cuando el Imperio romano.

Por último, se me ocurre un factor imponderable, el cambio de la moda. Me refiero a la conocida preferencia de Carlomagno por la lana, que bien pudo inspirarse en motivos de economía o en un incipiente patriotismo, y que pronto imitaron los señores feudales laicos. Digo laicos porque la Iglesia siguió usando sedas, por lo que en ocasiones tuvo que comprarlas a los infieles cuando Bizancio se negaba a exportarlas.

En cuanto a la organización de la después famosa industria de la lana, considero posible que desde el principio se empleara alguna forma rudimentaria de trabajo a domicilio, pues si los tejedores flamencos y franceses importaron de Oriente tanto los modelos para sus tejidos como un telar más eficiente, ¿por qué no habrían de importar también la organización del trabajo?

Sin embargo, la hipótesis anterior no se puede comprobar, por la sencilla razón de que los comerciantes occidentales, franceses y flamencos, que organizaron la industria, no sabían leer ni escribir antes de la segunda mitad del siglo XII, ni, por consiguiente, llevaban cuentas o apuntes de los que se pudiera deducir algo relativo a la organización del trabajo. Las únicas entidades que llevaban contabilidad escrita cuando el mercader era aún analfabeto, eran los grandes señoríos eclesiásticos y laicos, y de estos últimos, sólo los más importantes; pero su economía era muy distinta de la de los mercaderes-empresarios. Antes de alcanzar el capitalismo medieval su plenitud en el siglo XIII, tal como la describe Pirenne, con dificultad podemos conocer las modalidades de su evolución. Me aventuraría a decir que el paso decisivo

hacia el capitalismo controlado por el patriciado urbano se dio en el momento en que la producción local de la lana ya no bastaba para satisfacer las necesidades de la industria francesa y flamenca y, en consecuencia, se hizo necesario comenzar la importación de lana inglesa en grandes cantidades, o sea a fines del siglo xi. En efecto, el comerciante, que hasta entonces sólo exportaba el paño, a partir de ese momento también importaba la materia prima, y llegó así con el tiempo, a controlar la producción desde ambos lados y a ejercer mayor presión sobre técnicos y trabajadores textiles.

En síntesis, si por orígenes deben entenderse los primeros síntomas o indicios, que en su época pasan desapercibidos y, por tanto, son difíciles de comprobar, el capitalismo basado en el trabajo a domicilio apareció durante el Imperio romano en el norte de la Galia; luego volvió a aparecer de un modo más claro ya en el Imperio bizantino, y finalmente alcanzó su pleno desenvolvimiento en el siglo xiii, de nuevo en el norte de Francia y en Flandes, uniendo a la tradición local la experiencia oriental.

Los primeros gérmenes del capitalismo se hallan, pues, en una época bastante lejana. Después de todo, se comprende que un sistema económico y social, antes de culminar, haya atravesado siglos de desarrollo. Además, lo anterior está de acuerdo con la tendencia científica general —en la arqueología y la antropología, por ejemplo— que hoy coloca el origen de la civilización y del hombre mucho más atrás de lo que se suponía en otro tiempo.

Para terminar, formulemos una conclusión de índole teórica.

La aparición del capitalismo requiere una serie de condiciones. En primer lugar, un régimen interesado en el progreso económico, régimen que precisamente tuvieron el norte de Francia y Flandes en el siglo xi; luego, toda la herencia política, cultural, social y económica de la Antigüedad, incluyendo el cristianismo y la libertad personal del trabajador; después, la división del trabajo, impuesta por lo difícil y lo complicado del proceso de producción, que caracterizó precisamente a la industria textil; además, productos durables como metales y textiles que podían así fabricarse en gran cantidad sin el límite impuesto por el consumo inmediato, y por último capital para importar materias primas costosas y exportar el producto, capital necesario también por la larga duración del proceso de producción.

Se requería también la tradición industrial que justamente poseía el norte de Francia. Eran indispensables recursos naturales, como el hierro y la madera que abundaban en el Occidente pero no en el Oriente: el hierro no sólo para la fabricación de herramientas, sino también

para la defensa (el Occidente se sostuvo contra el Oriente y a la postre ganó gracias al abundante uso de ese metal en la guerra —la caballería pesada), y la madera como combustible y materia prima. Es verdad que el norte de Francia y Flandes tenían que importar tanto el hierro como la madera de otras partes de la Europa occidental: he aquí precisamente un motivo de su industrialización. Otro motivo de ella lo veo en la geografía del norte de Francia, dominada por la tierra caliza y la greda, región poco fértil pero muy propicia para la cría de ganado lanar de excelente calidad, exactamente como gran parte de Inglaterra. No hay que olvidar tampoco la abundancia de agua para usos industriales y las magníficas comunicaciones marítimas y fluviales de esas mismas regiones, otro potente motor de la industrialización y la especialización. En fin, un excedente de población en el norte de Francia y en los Países Bajos, comprobado ya en el siglo xi y causado quizás en parte por la incipiente industrialización, que se reflejaba en un supuesto aumento de la cría de ganado lanar y en una disminución de las tierras dedicadas al cultivo. Tal sobrepoblación, a su vez, es vehículo de una industrialización más intensa.

Algunos de los factores citados faltaron en Bizancio, sobre todo la suficiente libertad económica y personal. Sobre la economía pesaba una serie de trabas, como la prohibición de exportar telas lujosas de seda por razones de prestigio imperial. En suma, el régimen del imperio bizantino tenía mucho de oriental y sin duda por esto el capitalismo no llegó a cristalizar en él. En cambio, sí en el Occidente, en donde, aparte de los factores ya señalados, el poder se hallaba dividido —a diferencia de lo que ocurría en Bizancio— entre la Iglesia y el emperador o el rey, dando así a la naciente burguesía la oportunidad de desenvolverse.

Y es que el capitalismo no puede existir sin libertad, una libertad creciente. Así, en el siglo xiv, con la crisis y la decadencia de la economía urbano-gremial flamenca, se robustece la industria textil inglesa, que no conoce los frenos impuestos por el patriciado y por las organizaciones obreras.

Aparte de las condiciones apuntadas, para el nacimiento del capitalismo se necesitaron factores externos, dinámicos, como la expansión monetaria y el aumento del margen entre el valor de la materia prima y el del producto industrial, fenómeno que normalmente se produce por expansión territorial o sencillamente por conquista de nuevos mercados.

De todo lo anterior deducimos que tal coincidencia de condiciones y causas es difícil que se produjera en otras circunstancias, en otro lugar y en otro tiempo. El capitalismo, pues, sólo surgió una vez.